

The conception of ideology in the functionalist perspectives of Talcott Parsons and Robert Merton

Sumario:

Introducción. El lugar de la ideología en la Teoría General de la Acción. Funcionalidad de la ideología en la Teoría General de la Acción. La ideología y sus funciones. Ideología y ciencia. Teorías de alcance intermedio y análisis funcional. La distinción entre funciones manifiestas y funciones latentes. Localización y especificación de la ideología en la sociología de Merton. Ideología y sociología del conocimiento. Análisis funcional como ideología. Ideología: ubicación y especificación en el funcionalismo de Parsons y Merton. A modo de cierre.

Resumen:

En el marco del diagnóstico acerca de la obsolescencia de los conceptos clásicos de la sociología, el presente trabajo aborda la noción de ideología a fin de especificar su significado en la obra de los dos principales exponentes del análisis funcional: Talcott Parsons y Robert Merton; luego, se especifican los rasgos de sus interpretaciones y se los compara, en busca de similitudes y diferencias, de modo de obtener una visión sistemática acerca del tratamiento del tema por parte de esta corriente; finalmente, se evalúa si sus respectivas conceptualizaciones echan luz sobre la problemática de la pertinencia de la ideología para el análisis de las sociedades contemporáneas.

Palabras claves: *Ideología, funcionalismo, Parsons, Merton.*

Abstract:

Working towards the diagnosis of the obsolescence of sociology's classical concepts, this paper addresses the notion of "ideology", and clarifies its meaning within the work of the two leading exponents of functionalism tradition: Talcott Parsons and Robert Merton. Then, both interpretations are compared looking for similarities and differences, so as to obtain a systematic view on this subject for this stream. Finally, it evaluates whether their respective conceptualizations shed light on the relevance of "ideology" for the analysis of contemporary societies.

Key Words: *Ideology, functionalism, Parsons, Merton.*

Artículo recibido: *El 25 de Agosto de 2016 y aprobado el 23 de mayo de 2017*

Pedro Martín Giordano: *Licenciado en Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Becario doctoral UBACyT en Ciencias Sociales, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.*

Correo electrónico: *pedrogiordano83@yahoo.com.ar*

La concepción de ideología en las perspectivas funcionalistas de Talcott Parsons y Robert Merton

Pedro Martín Giordano

Introducción

Según un difundido diagnóstico, la teoría sociológica se encuentra en una encrucijada a causa de la caducidad de su marco categorial. Se argumenta que los conceptos ideados por los padres fundadores carecen de valor explicativo para comprender los nuevos modos de organización social (Aronson, 2011). La radicalidad y alcance de las recientes transformaciones conlleva el fin de la idea de sociedad y la búsqueda de fundamentos no sociales del orden social (Touraine, 2005; Dubet, 2004); consecuentemente, la caída de la unidad referencial de la acción (Garretón, 1996) inicia un efecto dominó que derrumba el conjunto de las nociones utilizadas para describirla –modernidad, Estado, clase, socialización, etc.–. Ante ello, el sociólogo se enfrenta a dos alternativas: corroborar que los conceptos tradicionales son aun capaces de retener la novedad o, de lo contrario, abandonar definitivamente los esquemas interpretativos delineados por el pensamiento fundacional (Aronson, 2013).

Para tomar la decisión, resulta ineludible efectuar un repaso que valore los conceptos, sea para desecharlos o para conocer con toda precisión su poder de penetración. A fin de aportar a la tarea, el presente escrito aborda la problemática clásica de la *ideología* en la obra de los dos principales exponentes del análisis funcional, Talcott Parsons y Robert Merton, figuras fundamentales de un movimiento teórico clave del período de transición hacia la profesionalización de la sociología (Gouldner, 1979).¹

La afirmación de que la noción de ideología forma parte del acervo de conocimiento clásico de la sociología, se sustenta, en primer lugar, en que su especificación forma parte, en mayor o menor medida, de las problemáticas abordadas por los padres fundadores de la disciplina: Marx, Weber y Durkheim, un conjunto de autores que ocupan una posición central en las ciencias sociales, debido a que, en el marco del endémico desacuerdo acerca de los supuestos de fondo que imperan en el campo, sus conceptualizaciones integran los acuerdos mínimos que permiten la comunicación entre discursos disímiles (Alexander, 1990).

1 Al reconstruir el contexto crítico que caracteriza a la sociología occidental, Gouldner entiende el estudio de Parsons constituye un paso ineludible, pues su relevancia a lo largo de tres décadas se manifiesta en acaloradas discusiones tanto de partidarios como de oponentes, sea en Estados Unidos o en otras latitudes. No solo destaca la magnitud de su obra, sino su labor institucional y la de sus discípulos (entre los que sobresale la figura de Merton), que en el período de transición hacia la profesionalización de la sociología los catapultó hacia las cúpulas directivas de las asociaciones más relevantes y de las revistas más prestigiosas; además, la traducción de sus escritos a diversos idiomas, exporta su fama a buena parte del mundo (Gouldner, 1979).

De los tres, el concepto marxiano de ideología es el que ha generado las mayores repercusiones, ya sea al interior de las ciencias sociales o en el ámbito de la política. En sus primeras aproximaciones al tema, Marx –junto a Engels– cataloga a la filosofía idealista hegeliana y neohegeliana como ideología, por creer que la crítica a las ideas falsas que los seres humanos se forman sobre sí mismos alcanza para alterar sus condiciones de existencia; en contraposición, construye un materialismo histórico que postula la imposibilidad de disociar la actividad práctico-crítica, conformada por un nivel teórico –que explicita las relaciones sociales de opresión que la ideología oculta– y uno práctico –donde la crítica se convierte en lucha política y revolucionaria–. Luego, en tanto ideas y representaciones que son hegemónicas en una sociedad, la ideología constituye un instrumento de la clase dominante para deformar y ocultar la realidad y así mantener las condiciones desfavorables que garantizan su posición privilegiada (Marx & Engels, 2005). En trabajos posteriores, junto al desplazamiento de su lugar central dentro del esquema conceptual, abandona el paralelo entre ideología y encubrimiento para asociarla a un conjunto de manifestaciones superestructurales que agrupa diversas formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas, que moldean la conciencia de los hombres (Marx, 1980). Finalmente, en *El Capital* la idea de fetichismo de la mercancía, echa nueva luz sobre la manera en que la sociedad capitalista garantiza su producción y reproducción al presentar la realidad de manera deformada e invertida (Marx, 2000).

En el caso de Durkheim, si bien nunca produjo un enunciado específico que la definiera con claridad (Nocera, 2009), se puede rastrear algunos usos en su obra. En principio, la ideología es emparentada con una etapa pre-científica en la que imperan las prenociones de sentido común. La ciencia, en general, debe liberarse de este tipo de discurso que desfigura y oculta la realidad, y la sociología, en particular, necesita evadirlo para convertirse en una ciencia objetiva capaz de observar y explicar a los hechos sociales como cosas exteriores al sujeto (Durkheim, 1982). En aproximaciones ulteriores, cabe emparentar a la ideología con la idea de representaciones colectivas, dada la cualidad de esta última de constituir una

realidad *sui generis*, que pese a emerger del sustrato social es independiente de las conciencias individuales. Además, debido a que las representaciones reflejan la sociedad pero de manera transformada e idealizada y aluden a prácticas rituales que suscitan o recrean determinadas situaciones mentales, el emparejamiento se refuerza (Durkheim, 2000; 2007). Por otro lado, y también indirectamente, el proceso de educación moral que crea al ser social, ilustra una de las probables formas de transmitir las representaciones o ideologías a las futuras generaciones (Durkheim, 1997).

El mismo ejercicio puede realizarse con Weber: al momento de dar cuenta de los estímulos prácticos que guían la acción, las nociones de cosmovisiones e imágenes de mundo, que son un conjunto de ideas o representaciones cuya finalidad consiste en dotar de sentido al mundo, rasgo que las aproxima a la noción de ideología; principalmente, si se tiene en cuenta que, en su faceta religiosa, auspician de preceptos prácticos que se vuelven obligatorios para los seguidores de una ética (Weber, 1983b). Para reforzar la idea, si las cosmovisiones logran articular las pretensiones de dominación con las creencias de los dominados, auspician de basamento para sostener la legitimidad de un orden social (Weber, 1984). Por otro lado, según su perspectiva de la investigación científica, los valores del investigador sólo intervienen al momento de configurar el individuo histórico, momento inaugural después del cual desaparecen ya que entra en escena el procedimiento metodológico. Más allá de su importancia para seleccionar un tema, cualquier reminiscencia valorativa se vuelve en contra de la pretensión de objetividad (Weber, 1958; 1983a).

Sobrepasado su período fundacional, el funcionalismo² elabora una teoría sociológica sistemática caracterizada por la codificación del saber de los clásicos (Luhmann, 1990), dentro de la cual, la noción de ideología ocupa un lugar relevante y pocas veces revisado por la bibliografía secundaria. A fin de especificar el significado de la noción para sus dos máximos referentes –Parsons y Merton–, se la sitúa en sus respectivos *corpus* conceptuales; luego, se especifican los rasgos de sus interpretaciones y se los compara, en busca de similitudes y diferencias, de modo de obtener una visión

2 El funcionalismo constituye uno de los pilares de lo que Anthony Giddens denomina “consenso ortodoxo”, movimiento teórico que hegemonizó las ciencias sociales durante tres décadas; sus bases de sustentación reposan en la adopción de un esquema lógico equivalente al de la ciencia natural, en la conversión de la sociología en una ciencia natural de la sociedad mediada por analogías orgánicas y en la adscripción a las teorías de la sociedad industrial y la modernización como fuerzas motrices de la transformación del mundo contemporáneo (Giddens, 1999).



sistemática acerca del tratamiento del tema por parte de la corriente funcionalista; finalmente, se evalúa si las conceptualizaciones echan luz sobre la problemática de la ideología en las sociedades contemporáneas.

1.1. El lugar de la ideología en la Teoría General de la Acción

Al igual que el resto de los elementos que integran la teoría parsoniana, para comprender el significado de la noción de *ideología*, es necesario entender el lugar que ocupa dentro de la Teoría General de la Acción (en adelante TGA). En base al diagnóstico que anuncia el estado de inmadurez en que se encuentra la sociología, todos los esfuerzos teóricos del autor pueden ser alineados detrás del gran objetivo de aportar a la construcción de una teoría sistemática que acelere el proceso de maduración de la disciplina (Parsons, 1967). Si bien su carrera intelectual atraviesa distintos períodos signados por temas diferentes³, puede afirmarse que el hilo conductor que los entrelaza es el interés por construir un único sistema teórico: dentro del marco de referencia de la acción, el elegido es la TGA. En su etapa de madurez, delinea los contornos de la TGA⁴, un sistema general de acción compuesto por subsistemas caracterizados según las funciones primarias que satisfacen para el mantenimiento de los límites con respecto al ambiente: el organismo conductual, se liga a la adaptación; la personalidad, al logro de metas; el subsistema social, a la integración; y el cultural, al mantenimiento de patrones (Parsons & Platt, 1973; Parsons, 1974a, 1974b).

Específicamente, la *ideología* es uno de los mecanismos del sistema cultural ajustado a la función de mantenimiento de patrones. Como dicho sistema legitima el orden normativo y define las razones que fundamentan los derechos y las prohibiciones de sus miembros, constituye la base de justificación del orden institucionalizado. En este punto, vale diferenciar los valores de las normas: mientras los primeros son los principales elementos de conexión entre el sistema cultural y el sistema social, las segundas son predominantemente sociales, regulan sus procesos y relaciones y fomentan la integración. La tradición cultural, en

particular, se constituye por un sistema de símbolos relativamente estables, que deben dilatarse entre los individuos a través del tiempo; su significación no depende de situaciones particularizadas, sino de su relación con la interacción de una pluralidad de actores (Parsons, 1976). Considerado abstractamente, el sistema cultural es poseedor de una doble propiedad: es un objeto de la situación y, a su vez, forma parte de la *estructura de expectativas* de la personalidad, por lo que es un componente de la acción. Procede, entonces, explicar este último problema: las *orientaciones motivacionales* –catética, cognitiva y evaluativa– se organizan en el sistema de la personalidad y se adecuan a la tradición cultural. El contenido de los criterios es delimitado por las *orientaciones de valor*, las que brindan soluciones satisfactorias a los problemas motivacionales que se le presentan al actor. Analíticamente, por su relación funcional con la acción, es posible distinguir orientaciones de valor que, a su vez, se corresponden con los modos de orientación motivacional: la *apreciativa*, da cuenta de los aspectos normativos presentes en toda orientación gratificacional, la *cognitiva*, delinea los criterios por los cuales se evalúa la validez de los enjuiciamientos cognitivos; dado que constriñen las selecciones entre las posibilidades de significación catética; la *moral*, refiere al aspecto evaluativo y sintetiza las dos anteriores.

Además de las *orientaciones de valor*, el sistema cultural se compone de *pautas culturales*, que le otorgan primacía relativa a los diferentes modos que definen el orden de prioridades de los criterios selectivos en cada tipo de orientación. Parsons elabora una tipología de pautas culturales: en los *sistemas de pautas ajustativas o símbolos expresivos* priman los intereses catéticos; en los *sistemas de ideas o creencias cognitivas*, los cognitivos, y en los *sistemas de pautas integrativas o criterios de orientaciones de valor*, los evaluativos.

En el siguiente cuadro se organizan las orientaciones motivacionales, los modos de orientación de valor y los tipos de pauta cultural en su relación con los sistemas de personalidad y cultural:

3 Almaraz (1981), por caso, identifica tres períodos: en el primero, destaca el voluntarismo, tal como se presenta en *La estructura de la acción social* (1971a, 1971b); le sigue la etapa estructural-funcionalista, cuyo desarrollo se encuentra en *El sistema social* (1976); el último es precisamente la TGA, versión final del sistema teórico, elaborada a partir de *Working Papers in the Theory of Action* (Parsons, Bales, & Shils, 1953).

4 El marco de referencia alude al recorte de la realidad, ilumina aquellos aspectos relevantes a analizar mediante el sistema teórico y construye metodológicamente la realidad concreta observada a través del sistema teórico; la singularidad del sistema teórico radica en llevar a cabo la ordenación racional objetiva de dicha realidad (Parsons, 1971a).

Sistema de la personalidad	Orientaciones motivacionales	Modos de Orientaciones de valor	Tipos de pauta cultural	Sistema cultural
			Sistemas de pautas ajustativas o símbolos expresivos	
	Cognitiva	Cognitiva	sistemas de ideas o creencias cognitivas	
	Evaluativa	Moral	Sistemas de pautas integrativas o criterios de orientaciones de valor.	

Figura 1. Orientaciones, modos y tipos de pauta cultural.

En virtud del objetivo perseguido en el presente trabajo, tienen especial relevancia los *sistemas de ideas o creencias*, pues allí se encuentra la noción de *ideología*. En sentido amplio, ambos son elementos culturales que cumplen la función primordial de garantizar la coparticipación y estabilidad relativa de significados necesaria para la complementación de expectativas, elemento fundamental para el desarrollo de la comunicación. Como parte de la orientación cognitiva, sirven a la comprobación de la realidad; es decir, del movimiento mediante el cual el ego se autoreconoce como tal y asimila al alter como objeto (Parsons, 1976). En sentido estricto, las creencias exhiben un carácter dual de referencia funcional: al ser elementos de la cultura, se hallan internalizadas en las personalidades, además de formar parte de un sistema compartido por alter y ego; por ello, exceden las particularidades de la interacción y se

adecuan a la realidad. En ambos casos, la principal función consiste en integrar creencias comunes en sistemas de interacción (Parsons, 1976). Analíticamente, los sistemas de ideas o creencias son objeto de una doble clasificación según su relevancia –existencial o evaluativa–, y según su referencia –empírica o no empírica–. Las creencias existenciales son el tipo puro primario de la orientación cognitiva y se dirigen de modo directo al conocimiento de la situación (¿qué es?); cuando a los interrogantes existenciales se le agregan los problemas de significado (¿qué importancia tienen para los intereses de los actores?), surgen las creencias evaluativas. Luego, las ideas empíricas refieren a los principios que para la tradición cultural siguen una norma metodológica empírico-racional; por último, si las pautas no concuerdan con dicho criterio, se las denomina no empíricas. Del cruce de variables, se obtiene el siguiente cuadro:

Clasificación de los sistemas de creencias o ideas:	Empíricas	No empíricas
Existenciales	Ciencia	Proto-filosofía
Evaluativas	Ideología	Ideas religiosas

Figura 2. Clasificación de los sistemas de creencias o ideas.

1.2. Funcionalidad de la ideología en la Teoría General de la Acción

Presentados los aspectos lógico-metodológicos de la TGA es posible iniciar el análisis de la *ideología*. Se trata de un sistema de creencias compartido por los miembros de una colectividad y, por tanto, integra el núcleo más abarcador del sistema cultural. En el marco de la función que unifica los sistemas de creencias –el trazado de criterios de evaluación de la validez de las orientaciones cognitivas–, la ideología guía la institucionalización evaluativa de la colectividad, utilizando criterios empíricos para interpretar su naturaleza, los procesos que llevaron a su situación actual, las metas que orientan las acciones de sus miembros y su

relación con los acontecimientos futuros. Vista desde la perspectiva de la clasificación presentada en la sección anterior, tiene relevancia evaluativa y referencia empírica. En principio, eso significa que si bien priman los intereses cognitivos, la ciencia y la filosofía siempre contribuyen a su conformación. Pero desde el punto de vista instrumental, se añade el plus de la existencia de un compromiso evaluativo con la creencia. Su consistencia no reside sólo en el conocimiento de las ideas; además, requiere su aceptación como base obligatoria de la acción. Asimismo, el logro de la meta debe ir acompañado de una convicción de que se está aportando al bienestar de la colectividad de la que se forma parte. Por otra parte, aunque en las ideologías predomina la



referencia empírica, también se entremezclan elementos no empíricos que sirven de base para la justificación de los valores y de metas últimas de la acción (principalmente las ideas religiosas). Puede verse, entonces que, pese a su autonomía, las ideologías se interrelacionan y se interpenetran con los otros sistemas de creencias.

1.2.1. La ideología y sus funciones

Hasta aquí, se ha descrito su ubicación en la clasificación del sistema cultural. Al adentrarse en su especificidad, se observa que la ideología –en cuanto sistema de creencias– contribuye de dos maneras al mantenimiento del equilibrio del sistema de acción⁵: establece las bases de la definición cognitiva de la situación y coordina las orientaciones de valor, vitales para la elección entre alternativas de acción. Las condiciones de una *situación* tienen eficacia práctica sólo cuando son aceptadas, de modo que las ideologías operan como elemento principal para lograr dicha aceptación a causa de que constituyen una de las bases primarias de la legitimidad cognitiva de las pautas de orientación de valor. Si las orientaciones de valor son definiciones de la situación que se presentan como direcciones posibles para la solución de dilemas de acción, la ideología favorece la racionalización de tales selecciones, pues colma de contenido las razones por las cuales se opta por una dirección u otra, haciendo que la decisión escogida sea justa y adecuada⁶. Su legitimidad deriva de dos fuentes: la orientación cognitiva de la acción y la necesidad de integrarla con el resto de los sistemas de acción. El foco en el segundo aspecto hace entrar en escena al actor, y con él, a las razones de su accionar. Sobre este punto, Parsons destaca que la eficacia práctica de las ideologías no radica en que el actor pueda esgrimir una teoría elaborada que justifique los porqués de comportarse según sus lineamientos, sino que inculca el sentimiento de que con su acción aporta al bienestar de la colectividad. Cabe reiterar la intrínseca interrelación entre la diferencia actor/situación y la diferencia pauta de valor/creencia. Al respecto, Parsons afirma que “si las creencias ideológicas y las pautas (de orientación) de valor son, como suponemos, interdependientes, la relativa estabilidad y consistencia del sistema de creencias tendrán el mismo orden de significación funcional que la estabilidad y

consistencia de las pautas de orientación de valor” (Parsons, 1976, p. 56). La interrelación se manifiesta en el sistema social, más precisamente en el complejo status/rol, donde se efectiviza la interiorización de los valores comunes por los sistemas de la personalidad.

Otra de las funciones esenciales de la ideología consiste en la integración del individuo a la colectividad, “debe servir para unificar a un gran número de personas” (Parsons, 1976, p. 334). Al ser un tipo de creencia que la colectividad construye sobre sí misma, define significados acerca de los elementos que la componen –la naturaleza, las personalidades y los objetos culturales– y establece la forma adecuada de las relaciones entre ellos y con el todo (la propia colectividad). Debido a su carácter integrador, legitimador y enlazado a lo sentimental, es válido identificarla con los dogmas; sin embargo, al poner en relación diversos intereses encaminados a satisfacer su función integradora, carece de la rigidez y estabilidad que podría otorgarle una autoridad científica. Corresponde subrayar que las funciones consignadas son distinguibles sólo en el nivel analítico, ya que empíricamente se encuentran interrelacionadas.

Aun cuando en un sentido general la ideología es un sistema empírico de creencias compartido por los miembros de una sociedad, no puede interpretarse como un todo homogéneo, ya que dentro de ella es posible identificar distintas colectividades. Esa subdivisión se traduce en la diferenciación entre ideologías, distinción que alude a la posición que se adopta con respecto a la ideología global –creencias situadas en la cima jerárquica de la sociedad concebida como un todo–. Ello posibilita despejar la diferencia entre *subideologías* e *ideologías desviadas*: las primeras agrupan subgrupos cuyas creencias particulares se fundan en la aceptación de la legitimidad de las creencias generales, por lo que desempeñan una función secundaria dentro de la jerarquía. Las segundas se subdividen en contra-ideologías que amalgaman subculturas desviadas (por ejemplo, a los delincuentes), quienes se hallan en un constante estado de guerra con la sociedad y su sistema de valores. El segundo caso es el de los movimientos radicales, empeñados en socavar las bases de legitimidad de los patrones culturales, reemplazándolos por la legitimidad de sus propios intereses a fin de sumar adherentes a su causa.

⁵ Sólo diferenciadas a nivel analítico, puesto que empíricamente se encuentran interrelacionadas.

⁶ Así como los sistemas de personalidad se cargan de racionalidad en busca del aumento de la gratificación y la evitación de la privación, así también la elección de creencias comporta opciones adecuadas al sistema de normas cognitivas.

1.2.2. Ideología y ciencia

Una vez especificada la relación de la ideología con la estructura de los sistemas de acción, interesa observar su vínculo con la ciencia en general, y con las ciencias sociales en particular. Ya se señaló que las ideologías se valen de la investigación científica, y en caso de necesidad, apelan a ella como fuente de justificación. Sin embargo, una gran diferencia las separa, pues mientras la ciencia es conocimiento teórico, la ideología se vincula con el *saber hacer*, una actitud que presupone el ajuste del comportamiento a la norma y cuya explicación radica menos en el conocimiento explícito de las razones que en la voluntad de formar parte de la totalidad. En ambos casos, predomina el interés cognoscitivo; la diferencia es que en el nivel instrumental, la primera mantiene su primacía cognoscitiva, mientras la segunda se encuentra más cercana a los intereses evaluativos. Para graficarlo, resulta útil retomar el análisis sobre la distinción paretiana entre acción lógica y acción no lógica, planteada en *La Estructura de la Acción Social (1971a)*: la acción lógica consiste en operaciones lógicamente unidas a su fin, tanto desde el punto de vista del actor como desde el de un observador externo. Entonces, la acción no sólo es lógica en un sentido subjetivo (para el actor), también lo es según los criterios objetivos del conocimiento científico: “El concepto de acción lógica de Pareto se formula en términos de lo que se ha llamado norma «metodológica». La acción es lógica en la medida en que se conforma, en ciertos aspectos específicos, a una norma derivada de la metodología de la ciencia” (Parsons, 1971^a, p. 250). La acción no lógica, en cambio, es una categoría residual, puesto que se trata de una acción que no logra satisfacer los criterios científicos de logicidad. La discriminación paretiana se basa en si la acción satisface los criterios de la lógica científica, en el caso de la diferencia ciencia/ideología ocurre algo similar. Desde el lado de la ciencia, la ideología no satisface la norma metodológica. Esa particularidad permite introducir una problemática clásica en la bibliografía especializada sobre nuestro tema, el de la distorsión: dado que el pleno conocimiento de las razones que motivan la acción no es un requisito obligatorio para la eficacia práctica de las creencias ideológicas, Parsons destaca la fuerte tendencia hacia su vulgarización; es decir, hacia la simplificación excesiva de la

comprensión de los significados que pone en juego. De ese modo, la complejidad del mundo es reemplazada por *slogans* simples y fórmulas adulatoras. Asimismo, debido a la intrínseca relación entre su perfil evaluativo y las orientaciones motivacionales, las ideologías suelen movilizar los deseos:

Puede deducirse que, generalmente, se dará una tendencia a la distorsión ideológica de la realidad en el sentido de dar supremacía al elemento de lo deseable. En el caso de la legitimación del *status quo* se tenderá a idealizar en exceso esa situación. En el caso de un movimiento desviado tenderá a incluir un componente romántico utópico en la definición de los fines del movimiento. Al mismo tiempo, se da una tendencia a pintar el contraste de la situación idealizada y de aquella con la que se compara, en términos exageradamente blancos y negros. En una ideología «conservadora» tiende a darse una gran sensibilidad en torno a cualquier sugerencia de imperfecciones en el *status quo*. Para el «radical», el *status quo* institucional contra el que se rebela puede parecer que es casi absolutamente malo, precisamente debido a la probabilidad de que se vea compulsivamente motivado a rechazarlo por razón del papel desempeñado por autentica vinculación al *status quo* (Parsons, 1976, p. 335).

La inextricable conexión entre creencias, deseos y motivación convierte a las ideologías en un “campo de batallas simbólico” plagado de tensiones y conflictos que deben resolverse para perpetuar el equilibrio del sistema, o por el contrario, quebrarlo y catalizar un proceso de cambio y reequilibrio.

Si la distinción entre ciencia e ideología es nítida, la relación con las ciencias sociales es enmarañada, puesto que ambas se basan en categorías similares, aunque utilizan metodologías dispares para sustentar la veracidad de sus afirmaciones. En ese sentido, Parsons señala que la relación entre ellas es conflictiva ya que, en gran parte, las ciencias de la acción enfrentan los dogmas ideológicos y denuncian sus distorsiones de lo real: “debido a esta situación, de manera más o menos inevitable, se dará una tendencia por parte de los guardianes de la pureza ideológica de un sistema social, a mirar con gran recelo todo lo que hagan los científicos sociales” (Parsons, 1976, p. 336).



2.1. Teorías de alcance intermedio y análisis funcional

Partiendo de la idea de ciencia como conocimiento social acumulado, Robert King Merton⁷ comparte el diagnóstico parsoniano referido a la inmadurez de la sociología:

entre la física del siglo XX y la sociología del siglo XX hay miles de millones de horas-hombre de investigación constante, disciplinada y acumulativa. Quizás la sociología no está aún lista para su Einstein porque todavía no tuvo un Kepler. Hasta el incomparable Newton reconoció en su día la aportación indispensable de la investigación acumulativa cuando dijo: Si vi a mayor distancia, es porque me elevé sobre los hombros de gigantes (Merton, 1964, p. 17).

Su comparación culmina en la constatación de que la sociología carece del tiempo de investigación y la acumulación del pensamiento sistemático realizado por la física, algo que necesitó para alcanzar el elevado desarrollo científico que la caracteriza. Sin embargo, admitir la diferencia no implica que deban reproducirse linealmente los pasos que la llevaron a su posición privilegiada; aunque el repaso de la historia de las ciencias físicas resulta fructífero para visualizar un modelo a seguir, debe evitarse la imitación irreflexiva. La comparación sirve para iluminar un camino, pero recorrerlo es tarea de la sociología, lo que requiere el tiempo necesario para el desarrollo de sus propias herramientas⁸.

En el área específica de la *teoría sociológica sistemática*⁹ –orientada a la acumulación selectiva de la teoría anterior que haya superado las pruebas de la investigación–, una de las principales contribuciones de Merton es la conceptualización de las *teorías de alcance intermedio* (en adelante TAM, por ser el nombre con que se las designa en la literatura sociológica). Pese a compartir con Parsons el diagnóstico sobre la inmadurez de la disciplina, su posición es más modesta y más realista; frente a un optimismo prematuro que lleva a pensar que en el estado actual del desarrollo sociológico es posible la emergencia de la teoría adecuada, capaz de dirigir las investigaciones

particulares, opta por las TAM, una clase de teorías situadas en el punto medio entre los grandes sistemas conceptuales –amplias especulaciones de las cuales se desprenden uniformidades de conducta social empíricamente observadas– y las pequeñas teorías –compuestas por hipótesis de trabajo que se producen durante la rutina de la investigación–. Si bien por su valor heurístico pueden aplicarse a cualquier fenómeno, Merton propone restringir su campo de observación y trabajar dentro del paradigma del *análisis funcional*, al que considera el marco analítico más prometedor de las ciencias sociales, pese a ser el menos codificado¹⁰. Su aplicación, puede allanar el camino del investigador en importantes aspectos, ya que: contiene el conjunto mínimo de conceptos con los que se tiene que operar para realizar un análisis funcional; reúne los procedimientos e inferencias y facilita su inspección simultánea y futura autocorrección; es un mapa compacto y preciso que guía la formulación de investigaciones funcionales y ayuda a interceptar los aportes y falencias de investigaciones anteriores.

2.2. La distinción entre funciones manifiestas y funciones latentes

Como la finalidad de un sistema conceptual reside en “orientar la observación hacia elementos destacados de una situación y evitar el olvido inadvertido de esos elementos” (Merton, 1964, p. 73), Merton considera fundamental introducir en el lenguaje sociológico la distinción entre *funciones manifiestas* y *latentes* ya indicada por numerosos intelectuales en tiempos pasados¹¹, pero no sistemáticamente definida. Con frecuencia, en diversos análisis funcionales se asimila función y motivo, una confusión que acarrea un error de mayor magnitud: emparentar categorías subjetivas –que en el sistema teórico pertenecen al nivel motivacional– con categorías objetivas –correspondientes al nivel de las funciones–. En vista de tal desorden conceptual, la distinción busca evitar la superposición entre motivaciones consientes para la conducta social y sus consecuencias objetivas. Las *funciones manifiestas* son consecuencias objetivas para una unidad especificada que contribuyen a su

7 Figura más importante de la denominada crítica interna a la teoría parsoniana (Savage, 1999).

8 Según el autor, la sociología debe evadir dos grandes riesgos: por un lado, el masoquismo del científico social que surge de su constante cotejo con las ciencias más desarrolladas; por el otro, el sadismo del público que la desafía a dar respuesta a todos sus problemas apremiantes.

9 El término alude a su diferencia respecto de la historia de la teoría sociológica, la que se interesa por la historia de la disciplina e incluye todas las producciones que atañen al campo de la sociología.

10 Por codificación, entiende toda reflexión ordenada y disciplinada que se sistematiza con procedimientos de investigación y con los resultados esenciales que se obtienen a través del uso de esos procedimientos.

11 Entre ellos, nombra a G. Mead, W. G. Sumner, R. M. MacIver y a W. Thomas y F. Znaniecki.

ajuste o adaptación; las *funciones latentes*, en cambio, son consecuencias inesperadas y no reconocidas del mismo orden. Mientras las primeras se relacionan con categorías de disposición subjetiva (necesidades, intereses, propósitos), las segundas son categorías de consecuencias funcionales, objetivas, pero generalmente no reconocidas. Heurísticamente, la distinción contribuye a aclarar el análisis de normas sociales aparentemente irracionales presentes en toda investigación que se guíe por criterios instrumentales: si una práctica social no alcanza su finalidad, se la considera irracional puesto que, de seguir correctamente el criterio de racionalidad, se hubiera elegido el medio correcto para alcanzar el fin. En cambio, la incorporación de las funciones latentes, amplía el campo de observación pues examina las consecuencias de una actividad social, se alcancen o no sus propósitos¹², además de guiar la atención hacia campos fructíferos de investigación teórica. En caso de que la mirada se dirija ante todo al campo de las funciones manifiestas,

[al] problema clave de si prácticas u organizaciones deliberadamente instituidas logra conseguir sus objetivos, el sociólogo se convierte en un industrioso hábil registrador de la norma de conducta completamente familiar. *Las condiciones de la estimación son fijadas y limitadas por la cuestión que le plantean los hombres de negocios no teóricos*, por ejemplo: ¿Ha realizado tales y cuales propósitos el nuevo programa de pago de salarios? (Merton, 1964, pp. 75,76).

Las funciones latentes amplían el ángulo de visión y, sobre todo, guían la investigación hacia el desarrollo teórico, aspecto imprescindible para que la sociología logre superar su estado de

inmadurez. En suma, el aporte sociológico combina las consecuencias previstas (donde priman las funciones manifiestas) y las consecuencias inesperadas (donde cuentan las funciones latentes) que intervienen en toda práctica social. El énfasis en las funciones latentes favorece el progreso del conocimiento, pues contribuye a alejarlo del sentido común y otorga a la sociología su carácter propio y distintivo, además de estimular una acumulación mayor en comparación con el estudio de las funciones manifiestas¹³. A su vez, mantienen bajo control un peligro siempre vigente: la sustitución del análisis sociológico por juicios morales ingenuos¹⁴ acerca de las consecuencias manifiestas de una práctica: todo aquello que no es bueno y deseable, es malo y repudiable, y por ende, precisa ser combatido. Abrir el campo de observación a las funciones latentes permite entender que la persistencia de ciertas normas o estructuras sociales "malas" y "repudiables" se debe a su funcionalidad para cierto grupo social.

2.3. Localización y especificación de la ideología en la sociología de Merton

2.3.1. Ideología y sociología del conocimiento

Con el propósito de aportar al área de la *Sociología del Conocimiento*¹⁵ (en adelante SC), Merton sostiene que su objetivo es indagar los vínculos entre las producciones mentales y su base existencial; y que la metodología apropiado para lograrlo es descartar el valor nominal de las creencias de una sociedad, para luego reexaminar su contexto de producción en busca de su significado real¹⁶. Luego, en base a los trabajos de sus principales referentes intelectuales,¹⁷ propone *el paradigma de la SC*¹⁸, dentro del cual se ubica la *ideología*.

Al vincular las relaciones de producción con la totalidad de los procesos sociales, políticos e intelectuales de la vida, el marxismo

¹² Es muy conocido el ejemplo empleado por Merton: la danza *hopi* para propiciar la lluvia no tiene sustento racional (no puede hacer que llueva), pero vista a través de las funciones latentes, aparece la importancia de la ceremonia para el fortalecimiento grupal.

¹³ Esas investigaciones suelen generar resultados paradójicos, debido a que presentan una discrepancia entre la función aparente, meramente manifiesta, y la verdadera función, incluyendo las latentes. Cuando Veblen indaga sobre las razones del consumo distinguido de bienes, descubre que la excelencia del bien en sí mismo ocupa un lugar secundario como factor explicativo; el verdadero objetivo consiste en incorporar una señal de alta posición social. Si se interroga a quien paga un costo elevado por un producto, argumentará que su intención es, primero, satisfacer su necesidad, luego, hacerse de un bien de mejor calidad; pero si se analiza la función latente, se puede comprender que lo que la persona prioriza es el precio, porque le sirve para dar muestras de su posición social.

¹⁴ Merton ejemplifica con la máquina política estadounidense, de existencia repudiable según los valores morales de la sociedad, pero que vista con las herramientas del análisis funcional exhibe una estructura que brinda soluciones efectivas a las demandas de sub-grupos de la comunidad no contempladas por la estructura principal.

¹⁵ La SC nace en Alemania y Francia en el siglo XIX y luego se extiende a los Estados Unidos, impulsada por un conjunto de teóricos globales –denominados así por priorizar la orientación teórica y basar sus resultados en especulaciones y conclusiones impresionistas– interesados en descubrir los modos en que la estructura social afecta el pensamiento intelectual.

¹⁶ En palabras del autor: "La *revolución copernicana* en esta zona de investigación consiste en la hipótesis de que no sólo el error, la ilusión o la creencia falsificada estaban socialmente (históricamente) condicionados, sino que lo estaba también el descubrimiento de la verdad...La sociología del conocimiento nació con la notable hipótesis de que aun las verdades tenían que considerarse socialmente explicables, que había que ponerlas en relación con la sociedad histórica en que aparecían" (Merton, 1988, p. 457).

¹⁷ Se trata de K. Marx, F. Engels, M. Scheler, P. Sorokin, E. Durkheim y K. Mannheim.

¹⁸ Para los niveles analíticos incluidos en el paradigma, ver (Merton, 1964).



juega un rol esencial en el surgimiento del paradigma, cuya evolución lleva desde un determinismo inicial –según el cual la posición económica y de clase constituyen el fundamento real de la superestructura de ideas–, hacia la incorporación de otros factores explicativos, principalmente los diversos tipos de conocimiento. Merton destaca que, en sus últimos trabajos, Engels retoma el problema de la superestructura ideológica no como un todo unívoco, sino como la coexistencia de diversas formas ideológicas con autonomía relativa. Así, la ciencia, la religión, el derecho, pierden el carácter de meras reproducciones de la base económica y adquieren peso explicativo propio dentro de la teoría. Como a menudo el pensamiento no se corresponde directamente con la posición objetiva de clase, el problema se resuelve apelando a la *falsa conciencia*, idea que explica la causa por la cual los sectores subordinados persiguen intereses distintos a los de su posición de clase. Ese argumento recae en la burguesía, en su capacidad para impulsar contenidos culturales y difundir ideas ajenas a los intereses del proletariado. El segundo factor que explica la eficacia de la ideología, destaca su carácter inconsciente: aunque las expresiones ideológicas se realizan conscientemente, sus impulsos reales son desconocidos.

Según Merton, las ideologías –esas deformaciones de la situación social real– adquieren eficacia práctica cuando se convierten en motivos que guían la acción; con ello, pierden el estatus inicial de reflejo de la base económica, y del determinismo unilineal se llega a una interpretación que contempla los factores interactuantes entre ambos componentes: la estructura económica sirve de marco delimitador y establece caminos probables de acción, mientras las ideas juegan un papel decisivo en la selección de alternativas.

Esta incipiente teoría de la ideología toma una forma más precisa en los trabajos de Mannheim, quien entiende que la conciencia del pensamiento ideológico sobreviene cuando las aseveraciones de un adversario se consideran falsas en virtud de la importancia determinante de su situación vital; sobre esta base, se distancia de la mentira, ya que las deformaciones no son deliberadas sino inconscientes. Luego, con la distinción entre ideología particular y total se da el paso decisivo hacia la emergencia de una SC: la concepción particular restringe su campo de observación al plano psicológico: los enunciados de un adversario pueden ser parcialmente ideológicos,

de modo que existe la posibilidad de que haya enunciados no ideológicos. La concepción total, en cambio, propone un enfoque noológico que articula la forma, el contenido y la urdimbre conceptual, pensándolos en relación con la situación vital; a sus ojos, todo enunciado es ideológico, ya que implica una correspondencia entre el medio social y el pensamiento. En su acepción particular, la ideología es individualista (se interesa por los motivos), y lo grupal surge solo cuando se suman las ideologías particulares; en contraste, la ideología total toma en cuenta, unificadamente, los sistemas de pensamiento de un grupo implícitos en los juicios de sus miembros. Según Mannheim, pese a que en el marxismo se combinan ambas ideas, su originalidad radica en que logra trasladar el foco de atención desde el plano psicológico al social, lo que contribuye al surgimiento de una SC. Este movimiento abrió la puerta a la emergencia de una SC; atravesarla, fue cuestión de pasar de una formulación especial de la ideología –que considera la posición social sólo cuando se trata del pensamiento del adversario– a una general –que contextualiza el pensamiento de todos los grupos, incluido el del enunciadador–.

Concluida la exploración, Merton indica que si bien en el derrotero de la ideología se encuentran las raíces de la SC, para que desarrolle plenamente su potencial científico, debe despojarse de su antigua vestidura. Es en el campo político donde el carácter polémico y retórico de sus enunciados se convierte en una certera herramienta para desacreditar a un adversario, pero pierde firmeza en términos de la construcción de conocimiento válido. Empeñada en imponer su verdad más allá de los fundamentos, cobra un carácter anti-intelectualista que debe rechazarse si se quiere que la SC adquiera capacidad para cumplir sus objetivos cognoscitivos.

2.3.2. Análisis funcional como ideología

Ulteriormente, Merton analiza las distintas fuentes que emparentan el análisis funcional con sus implicaciones ideológicas. Una de las acusaciones que desagrega es la que lo tilda de conservador o reaccionario; el cuestionamiento se basa en el hecho de tomar lo familiar por necesario, de modo que el funcionalismo se convierte en la herramienta adecuada para defender el *status quo* e impedir cualquier tipo de cambio, por mínimo que sea. Se aduce que de la consideración de una función como algo intrínsecamente bueno o necesario, se

desprende una finalidad supuesta, o una dirección principal, que reviste interés para el todo. Dado que dicha finalidad se mantiene indefinida, su implicación práctica adquiere matices arbitrarios precisamente porque enfatiza la función cumplida por una institución para el mantenimiento del orden social. Contrariamente, otras corrientes atacan el radicalismo teórico que se interroga por la funcionalidad de una estructura social, lo que implica poner en duda su valor *en sí*, de donde deriva el veredicto de que el análisis funcional es una actitud crítica en cuanto a su punto de vista y pragmática, según su juicio.

Luego de la revisión, afirma que el hecho de considerar al análisis funcional intrínsecamente conservador o radical, demuestra que, intrínsecamente, no puede ser ninguno de los dos. Dice Merton que no es la primera vez que una corriente sociológica se ve envuelta en las más variadas consideraciones ideológicas acerca de sus enunciados; lo mismo ocurre con el Materialismo Dialéctico de Marx y Engels¹⁹; y para trazar un paralelismo, procede a una peculiar comparación sustentada en la afirmación de que Marx reconoce dos usos de la dialéctica como herramienta de investigación: por un lado, la versión mixtificada ideada por Hegel, la que resultó útil para ampliar la conciencia sobre su funcionamiento, aunque se la utilizó para justificar el estado de cosas existente; por otro, el segundo uso de la dialéctica se vuelve racional, crítico y revolucionario, pues no sólo abarca el estado de cosas existente, sino que reconoce su negación; considera que –dada la fluidez de su movimiento y su naturaleza pasajera– toda formación es históricamente producida. Al tornarse racional, toda etapa histórica es transitoria y se sigue del interminable desarrollo de la sociedad humana. Por tanto, la nueva versión de la dialéctica incluye la anterior: tiene un lado conservador ya que, al momento de ocurrir, las etapas son necesarias y su existencia se justifica; luego, se vuelve revolucionaria a raíz de que al ser superada, toda etapa pierde validez y justificación.

En lo que respecta al análisis funcional, la suposición de que todas las estructuras sociales cumplen funciones indispensables es producto de la fe o del misticismo, no de la investigación sistemática. Se trata de un discurso que toma sin cuestionamientos los postulados de la unidad funcional, de la universalidad y de la indispensabilidad²⁰

situación que lleva a la elaboración de premisas que inevitablemente glorifican el presente. Aun cuando es cierto que la sola consideración de los aspectos funcionales de las estructuras bloquea la apreciación del cambio social, el hecho de centrarse en los aspectos estáticos no es inherente al análisis funcional: también contempla los aspectos dinámicos que desestabilizan el orden social, al punto que si las consecuencias disfuncionales generan tensiones tan fuertes que modifican su estructura, es posible afirmar la existencia de cambio social. El carácter conservador, entonces, se reduce a la observación de los aspectos estáticos, pero si el análisis se dirige a los aspectos dinámicos, se vuelve radical. Esencialmente, el funcionalismo no es ni lo uno ni lo otro; su objeto de estudio no es el cambio ni la fijeza, sino la exploración de la interdependencia de los elementos que forjan la estructura del sistema social, de donde deriva la indicación de que el funcionalismo, tanto como la dialéctica, no implican compromisos ideológicos específicos. El hecho de que una herramienta analítica se conciba y se utilice ideológicamente, se debe a las *valoraciones* de quien las pone en funcionamiento. Luego, la dialéctica, el análisis funcional y cualquier otra metodología ideada para fomentar el desarrollo de conocimiento científico válido, son neutrales en relación con los sistemas ideológicos; en todo caso, una vez que las valoraciones del investigador entran en juego, podrá identificarse si sus fines se ligan a compromisos ideológicos. Aún así, dichos compromisos mantienen su carácter extrínseco al campo científico y, en especial, al análisis funcional: “son las *valoraciones* las que permiten verter contenido ideológico en las botellas del funcionalismo. Las botellas mismas son neutrales para sus contenidos, y pueden servir igualmente bien como recipientes para un veneno ideológico que para un néctar ideológico” (Merton, 1964: 55).

3. Ideología: ubicación y especificación en el funcionalismo de Parsons y Merton

Cabe ahora la comparación entre ambas formulaciones. Al ubicar la noción de ideología en la obra de Parsons, se destacó a la TGA como el sistema teórico apropiado para iniciar el proceso de maduración de la sociología; dentro del universo de elementos que la constituyen, se delimitó el campo de observación al ámbito del sistema cultural. Como se dijo, la *ideología* es parte de uno de los cuatro componentes del

¹⁹ La expresión “materialismo dialéctico” es empleada por el propio autor.
²⁰ Ver Merton (1964).



complejo de sistemas de ideas o creencias, los que a su vez, son uno de los tres componentes del sistema de pautas culturales del sistema cultural.

En su etapa de madurez, propone el *análisis funcional* de los sistemas, donde la *función* se entiende como el conjunto de condiciones que determinan el estado de un sistema frente a sus ambientes (Parsons, 1961). Ello significa que, en la medida del cumplimiento de su función, un sistema mantiene sus límites. En ese marco, especificar qué es la ideología implica interrogarse sobre su función dentro de los sistemas de acción: si se vuelve a la definición anterior, por formar parte del sistema cultural, la ideología satisface la función general de mantenimiento de los patrones de los sistemas de acción; pero cuando se asciende a un nivel más alto de abstracción, por tratarse de un sistema de creencias, es una pauta cultural en sentido propio; de allí que su función consiste en otorgar primacía relativa a los diferentes modos que definen el orden de prioridades de los criterios selectivos en cada tipo de orientación –catética, cognitiva y evaluativa–; por último, dentro de la función que unifica los sistemas de creencias –el trazado de los criterios de evaluación de la validez de las orientaciones cognitivas–, la ideología orienta la institucionalización evaluativa de la colectividad. En definitiva, en el interior de la clasificación de los sistemas de creencias, se diferencia por su relevancia evaluativa y su referencia empírica. En términos de evaluación, implica un compromiso con la creencia –el actor siente que su acción contribuye al bienestar de la colectividad– y su aceptación como base obligatoria de la acción, la legítima. En lo relativo a la referencia empírica, las ideologías se distinguen de las ideas religiosas porque siguen cierta norma metodológica empírico-racional.

En el caso de Merton, pese a compartir el diagnóstico acerca de la escasa solidez del cuerpo conceptual de la sociología en comparación con las ciencias físicas, en lugar de proponer una teoría general, se inclina por las TAM, la estrategia adecuada para aportar al desarrollo acumulativo de una teoría sistemática. Ellas se encuentran a medio camino entre las grandes teorías (como la TGA) cuya pretensión es explicar todo acontecimiento social, y las pequeñas investigaciones aplicables sólo a sectores específicos. Esa discrepancia podría originar importantes diferencias entre ambos autores; sin embargo, Merton no rechaza la posibilidad de que en algún momento surja la

gran teoría, aunque para lograrlo es preciso un largo trabajo preparatorio, esto es, la acumulación de horas-hombre de investigación sistemática, orientada a la conformación de una teoría general. Entre los numerosos aportes de Merton –en forma de TAM– al campo restringido del paradigma de análisis funcional, se puso el foco de atención en su intento de establecer puntos en común entre la SC y la investigación sobre comunicación de masas. Precisamente, la ideología se corresponde con el segundo punto del paradigma de la SC referido a las producciones mentales. Destaca el rol clave que desempeña en el surgimiento de esa nueva disciplina: en primer lugar, el mayor peso explicativo que adquiere en la interpretación marxista, permite moderar su determinismo inicial y componer un esquema relacional en el cual ni los factores materiales ni los ideales se reducen a epifenómenos, sino que se abordan en toda su complejidad; ulteriormente, cuando Mannheim propone el abandono de la concepción de una ideología particular y su reemplazo por una visión total, culmina la consolidación de las condiciones de posibilidad de una SC ideada para reconstruir la vía mediante la cual se legitiman ciertos enunciados hasta tornarse valores comunes.

Posteriormente a su ubicación, el análisis se centró en especificar la interpretación que cada autor realiza sobre la problemática en cuestión. Para Parsons, la función primordial de las ideologías es la integración del individuo a la colectividad; para lograrlo, se vale de construcciones que la colectividad realiza sobre sí misma a fin de instaurar significados acerca de los elementos que la componen. A causa de ello, con el añadido de su apelación a lo sentimental, las ideologías se asimilan a los dogmas (a veces directamente nombrados como dogmas ideológicos), pese a ser menos rígidos y estables que aquellos. Además, en el marco de referencia actor-situación, la ideología exterioriza una dualidad: por un lado, en virtud de que constituye una de las bases primarias de la legitimación, juega un papel importante en la función de aceptación de las condiciones de la situación, condiciones que son requisito ineludible para que la situación adquiera eficacia práctica; por el otro, coordina las orientaciones de valor, inculcando en el actor el sentimiento de que su acción es necesaria para el desarrollo normal de la sociedad. Por último, en su comparación con las ciencias físico-naturales, surge el clásico problema de la distorsión. Las ideologías poseen eficacia práctica para la acción

independientemente de si el actor conoce las razones de su actuar, fenómeno que suele conducir a la vulgarización de los significados que pone en juego. La simplificación de los discursos que la conforman se traduce en grandes dicotomías; por ejemplo, ideología conservadora versus ideología radical, lo que desemboca en relaciones de lucha por el predominio de la legitimidad. Desde el ángulo de la ciencia, todo discurso ideológico es un saber que no satisface los criterios de logicidad, puesto que su particularidad radica en priorizar lo deseable por sobre lo racional. Sin embargo, Parsons se aleja de la concepción que liga distorsión a falsedad. Las ideologías forman parte de los sistemas de creencias de la sociedad y tienen la cualidad de orientar evaluativamente a la colectividad. Así, el enjuiciamiento fundado en criterios de veracidad/falsedad es una actividad que sólo concierne a la ciencia: para identificar la especificidad del funcionamiento de los sistemas de acción, la sociología precisa observar su efectividad en aras de la institucionalización de ciertos valores comunes para la colectividad.

Aun cuando en el origen de la SC la noción de ideología resulta crucial, Merton considera que para adquirir carácter científico debe desligarse de contenidos ideológicos, más adecuados para los espacios de la política. Dicho esto, la pregunta clave es por qué debe renunciarse a la noción de ideología. La respuesta retoma la argumentación desarrollada en el punto 2.2; se trata de visualizar qué ocurriría si se la vinculara con la distinción entre funciones manifiestas y latentes: aunque el tema no es directamente abordado, si se echa mano del aparato conceptual mertoniano en busca de la funcionalidad de la ideología, puede afirmarse que un tipo particular de ideas, generadas por una parte de la sociedad, tiene probabilidades de gobernar el pensamiento del todo: una clase, la gobernante, produce y distribuye las ideas de su época en un movimiento que bloquea la posibilidad de que la clase gobernada luche por sus intereses y cuestione la desigual organización estructural del sistema social. En conclusión, la ideología garantiza el mantenimiento del *status quo*.

En calidad de herramienta conceptual, la ideología encierra una potencialidad que permite al investigador observar más allá de la acción individual e indagar quién se beneficia con ella; en otras palabras, habilita remover la tierra en busca de las raíces últimas de la intencionalidad de la acción. En contraste, su principal debilidad radica en la utilización de conceptos poco

precisos, como la falsa conciencia, la deformación o las creencias ilusorias, los que plantean problemas de difícil solución: ¿quién crea la falsa conciencia?, ¿quién deforma la realidad?, ¿cuál es el alcance de esas creencias ilusorias?, y muchas otras. Ahora bien, ¿Qué sucedería si el sociólogo afrontara esos problemas armado de la distinción entre funciones manifiestas y latentes? En primer lugar, esta herramienta enriquece el análisis instrumental que sólo contempla la adecuación entre medios y fines, al tiempo que permite observar las consecuencias de una conducta, sean o no buscadas por el actor. Su uso, facilita la reconstrucción de la cadena causal y la identificación de quienes se benefician con la reproducción de ciertas prácticas comunes. Además, al apartarse de los presupuestos de la ingeniería social, el trabajo del sociólogo se desprende de las inquietudes de los hombres de negocios –excluyentemente interesados en la relación entre ciertas prácticas y los fines a conseguir– y reorienta sus análisis hacia investigaciones teóricas que enriquecen el pensamiento científico. En la misma dirección, viabiliza la distinción entre ciencia y sentido común y crea un espacio propio para que el sociólogo haga frente a otro de los rasgos fundamentales de la ideología: su carácter inconsciente²¹. Por último, quedan fuera del estudio las valoraciones morales, ya que el campo científico es neutral en lo que respecta a los compromisos ideológicos. Con ello, queda claro que la ciencia no necesita desacreditar los discursos de adversarios regidos por ideologías, cuestión que concierne al campo de la política. La tarea central es evidenciar por qué ciertas prácticas son funcionales a la reproducción de un tipo específico de estructura social. Por tanto, si se incorpora la problemática de la ideología a la sociología del conocimiento, y si se utiliza la distinción entre funciones manifiestas y latentes, se conserva la fortaleza de la ideología; es decir, la puesta en relación de las bases materiales y las producciones mentales de toda sociedad, con lo que se evaden sus debilidades mediante conceptos precisos y rigurosos.

A modo de cierre

Pese a las diferencias sobre el alcance de la ciencia (pretensión universalista *versus* postura intermedia), no es novedad que ambos comparten un espíritu de época, y sobre todo, en términos de la SC, un contexto social de producción común. Encarnado en el análisis funcional, la siguiente

²¹ Basta retomar la paradoja vebleniana que sostiene que más allá de la finalidad aparente de satisfacer una necesidad básica con un producto caro, y por ello mejor, la clase alta consume esos productos para dar muestras de su elevada posición social.



cita de Merton también puede aplicarse a Parsons: “Puede sugerirse, sin embargo, que en tanto el centro del poder social resida en cualquier otra institución que no sea la ciencia y en tanto los mismos científicos estén inseguros acerca de su lealtad primaria, su posición será débil e incierta” (Merton, 1977, p. 354).

En su afán de construir la gran teoría, Parsons incorpora la noción de ideología a su sistema teórico, relacionándola con el conjunto de sus elementos, mientras Merton cultiva una actitud crítica según la cual la ideología es el antepasado de la SC, pese a ser fundamental para su surgimiento. No obstante, ambos entienden el análisis científico como aquella actividad capaz de desentrañar y evidenciar las raíces ideológicas de los enunciados.

Para concluir, es preciso volver al inicio, especialmente a la descripción acerca de la crítica al acervo de conocimiento de la sociología. El cuestionamiento de su marco categorial no es algo nuevo, sino más bien una tendencia propia de la teoría sociológica, recurrentemente vuelta sobre sí misma para observar la solidez de sus herramientas analíticas. En lo que atañe a la noción de ideología, cabe resaltar su fuerte componente recursivo: una vez incorporada a un cuerpo conceptual, habilita de manera inmediata el cuestionamiento acerca de las raíces ideológicas de la propia teoría. En consecuencia, su empleo desencadena problemas espinosos, como ser: la acusación de ideológicos de ciertos enunciados, ¿Implica liberarse de la ideología?; a su vez, ¿esa liberación presupone sin más la enunciación de un discurso verdadero?; por otro lado, ¿puede un discurso ideológico considerarse científicamente válido?; ¿es posible hablar de ideología sin ser parte de una realidad ideológica? A fin de cuentas, estos interrogantes pueden resumirse en uno: al incluir la ideología en un esquema teórico, ¿es posible traspasar sus límites? Desde luego, escapa a los propósitos de este trabajo responder a tal pregunta, aunque para culminar, siguiendo a Parsons y Merton, cabe preguntarse si resulta productivo para la teoría sociológica mantener una noción cuyo empleo conduce a problemas de difícil solución, o en su lugar, conviene generar herramientas analíticas que faciliten la ardua tarea de explicar la dinámica del orden social.

Bibliografía

- Alexander, J. C. (1990). “La centralidad de los clásicos”. In A. Giddens & J. Turner (Eds.), *La teoría social hoy*. México: Alianza Editorial.
- Alexander, J. (2000) *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*, Barcelona: Gedisa.
- Almaraz, J. (1981). *La teoría sociológica de Talcott Parsons*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Aronson, P. (2011): «Sociología: entre la inherente inmadurez y la posdisciplina», en P. Aronson (editora). *La sociología interrogada. De las certezas clásicas a las ambivalencias contemporáneas*, Buenos Aires: Biblos, pp. 101-122.
- Aronson, P. (2013). «La reinención del orden en las teorías sociales contemporáneas», en P. Aronson (editora). *La teoría de la complejidad y la complejidad de la teoría sociológica*, Buenos Aires: CICCUS, pp. 73-104.
- Dubet, F. (2004). «Conflicto de normas y ocaso de la institución», en *Estudios Sociológicos XXII* (64), El Colegio de México.
- Durkheim, É. (1982). *Las reglas del método sociológico*, Madrid: Hyspamérica.
- Durkheim, É. (2000) “Representaciones individuales y colectivas” en *Sociología y Filosofía*, Madrid: Miño y Dávila Editores.
- Durkheim, É. (2007). *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid: Akal.
- Durkheim, E. (1997), *La educación moral*, Buenos Aires: Losada.
- Garretón, M. (1996): « ¿Crisis de la idea de sociedad? Las implicancias para la teoría sociológica en América Latina», en *Revista de Sociología N° 10*, Universidad de Chile.
- Gouldner, A. (1979). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrourtu.
- Giddens, Anthony. (1999). «Perfiles y Críticas en Teoría Social», en *La Teoría Social de Anthony Giddens*, Aronson, P. y H. Conrado (compiladores), *Colección Cuadernos de Sociología, Serie Teoría*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Luhmann, N. (1990). ¿Por qué AGIL? *Sociológica*, 5(12), 377-401.
- Luhmann, N. (2006). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.
- Marx, K. (1980). *Introducción a la Crítica de la Economía Política*. Buenos Aires: Ediciones Carabela.
- Marx, K. (2000). *El capital*, Libro I, tomo I. Madrid: Akal.
- Marx, K. y Engels, F. (2005). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editores.

- Merton, R. (1964): *Teoría y estructuras sociales*, México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Merton, R. (1977): *La sociología de la ciencia*, 2: Investigaciones teóricas y empíricas. Madrid: Alianza.
- Nocera, P. (2009). «Los usos del concepto de efervescencia y la dinámica de las representaciones colectivas en la sociología durkheimiana», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, N° 127.
- Parsons, T. (1961). *An Outline of the Social System*. In *Theories of Society: Foundations of Modern Sociological Theory*. Vol I (pp. 30–79). New York: The Free Press.
- Parsons, T. (1966). *Estructura y proceso en las sociedades modernas*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Parsons, T. (1967). *La posición actual y las perspectivas de la teoría sistemática en Sociología*. In *Ensayos de Teoría Sociológica*. Buenos Aires: Paidós.
- Parsons, T. (1971a). *La Estructura de la Acción Social*. Tomo 1. Madrid: Guadarrama.
- Parsons, T. (1971b). *La Estructura de la Acción Social*. Tomo 2. Madrid: Guadarrama.
- Parsons, T. (1974a). *El sistema de las sociedades modernas*. México: Editorial Trillas.
- Parsons, T. (1974b). *La sociedad: perspectivas evolutivas y comparativas*. México: Editorial Trillas.
- Parsons, T. (1976). *El Sistema Social*. Madrid: Alianza.
- Parsons, T., Bales, R., & Shils, E. (1953). *Working papers in the theory of action*. New York: Free Press.
- Parsons, T., & Platt, G. M. (1973). *American University*. Cambridge: Harvard University Press.
- Savage, S. (1999). *Las teorías de Talcott Parsons*. México: MacGraw-Hill.
- Touraine, A. (2005). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Weber, M. (1958). *Ensayos sobre Metodología Sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Weber, M. (1983a). «La ética económica de las religiones universales. Ensayos de sociología comparada de la religión», en *Ensayos sobre sociología de la religión*, volumen I, Madrid: Taurus Ediciones.
- Weber, M. (1983b). «La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo», en *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, tomo I, Madrid: Taurus.
- Weber, M. (1984). *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.